

PRÓXIMO NÚMERO:

La finísima y enternecedora  
super-producción

## CORAZONES HUMANOS

por el inimitable artista  
HOUSE PETERS

POSTAL-FOTOGRAFÍA:

**Sessue Hayakawa**

Pronto...

La mejor revista  
cinematográfica:  
La más bonita,  
amena y elegan-  
te. Bellos apuntes cinematográficos  
de inestimable valor; humorismo  
por Opisso, Junceda, Vizquete, Ma-  
resch, etc.; hermosa galería de ar-  
tistas cinematográficos; sugestivo  
folletín.—Todo amante de la cine-  
matografía deseará adquirir esta  
preciosa revista y se pregunta:

**Cri-Cri**

**¿Cuándo saldrá? ¡¡Pronto!!**

# La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 21

25 cts.



EL MUNDO  
Y LA MUJER

por  
Geraldine Farrar

FilmoTeca

de Catalunya

BARKER, Rigmald

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Gran Via Layetana, 17  
Administración } Teléfono 4423-A  
BARCELONA

AÑO I

N.º XXI

CRUÓ DE CHARLES KENYON

## EL MUNDO Y LA MUJER

(THE WORLD AND ITS WOMAN, 1918)

por GERALDINA FARRAR, LOU TELLEGEN

ALEC B. FRANCIS, LAWSON BOTT, EDWARD CONNELLY

Sorprendente drama-film trágico, original de

THOMSON BUCHANAN

Goldwyn Pictures Corp.

CONCESIONARIOS: EMPRESAS REUNIDAS S. A.

Paseo de Gracia, 56 — BARCELONA

\*\*\*\*\*

El príncipe Demetrio Orbeliana, que poseía vastos dominios en el Cáucaso ruso, había confiado la explotación de sus inmensos olivares a un ingeniero norteamericano, Roberto Warren.

El noble tenía un hijo de corta edad, Miguelito Orbeliana; el ingeniero, una hija más joven, Marcia Warren.

En una de las visitas de inspección del príncipe, le acompañó su hijito. Este, mientras



aquél celebraba una conferencia administrativa con el ingeniero, vió á Marcia encaramada en la rama de un árbol. Le sorprendió el atrevimiento de la niña, la cual, al hacer un gesto en falso, se vino al suelo. Suponiendo que ella se había lastimado, el joven príncipe fué volando á socorrerla.

Y este incidente, por fortuna sin consecuencias materiales para Marcia, por lo acostumbrada que estaba á ese género de gimnasia, le proporcionó el motivo de conocerse, pues no se habían visto nunca.

Marcia, enterada de la condición de su amigo, le preguntó, con extrañeza:

—¿Y dices que eres príncipe?... ¿dónde te has dejado la corona?

El se sonrió. ¡Qué cándida era la niña!

Desde el primer encuentro de la tierna pareja, Marcia sintióse presa de una curiosidad que la llenó el espíritu si es verdad que en tan corta edad no se llena el corazón. Esa curiosidad quedó demostrada el primer día, pues, al verle partir, ella preguntó á su padre:

—Papá, ¿es cierto que ese niño es un príncipe real y verdadero... como el de la "Cenicienta"?

El cuento de la «Cenicienta» convirtióse, desde entonces, en lectura favorita de la futura mujer. El párrafo que más le gustaba era este:

*"... Mas, de repente, el Hada tocó á la "Cenicienta" con su varilla mágica y hela aquí convertida en una elegante y bella damisela, ataviada con un costosísimo traje de baile, y calzada con el más maravilloso par de zapatillas que*

*humanos dedos bordaran."*

Como era de suponer, Marcia y el príncipe se vieron á menudo, cada vez que el padre de éste se lo llevaba consigo cuando iba á visitar al ingeniero.

—¡Hola, Miguelito!—le dijo ella un día—Anoche soñé contigo... ¿no te ocurrió á tí lo mismo?

—Sí, Marcita. yo también sueño...

—Mira, Miguelito, lo que dice mi libro. Escucha este párrafo tan lindo:

*"... El heraldo condujo á la "Cenicienta" al palacio, donde el príncipe creyó morir de gozo al volverla á ver; y, pocos días después, se celebró su boda, y vivieron felices y contentos."*

—Sí que es bonito, Marcita.

—Pues mira, Miguelito, si eres tan mono como ahora cuando seas un hombre, me casaré contigo.

—¡Pero si tú no puedes casarte conmigo! ¿No ves que yo soy príncipe?

—¡Bah! ¡Qué importa! Mi papá me comprará un título de princesa.

\*\*

Y transcurrieron los años...

Y la pequeña Marcia convirtióse en una adorable joven de extraordinaria belleza.

La "Cenicienta" no había olvidado á su "Príncipe Encantador" cuya imágen, colocada en un lugar preferente de sus habitaciones, veneraba siempre con la misma inquebrantable fe, más que fe, cariño verdadero que, con el rodar de los años, fué tomando mayor vo-

lumen y firmeza, como la bola de nieve. Su amor estaba lejos... pero volvería... sí, ella le aguardaba desde hacía muchos años...

Y, en efecto, el príncipe Orbeliana regresó á sus dominios, después de una larga permanencia en el extranjero, completando su esmerada educación.

Rodeado de sus numerosos y aristocráticos amigos, paseaba el príncipe á caballo por sus propiedades, borradas algunas de ellas de su imaginación por la patina del tiempo.

La baronesa Olga Amilahvari, que había conseguido cautivar en sus redes de amor interesado al príncipe heredero, al que acompañaba en su paseo, poseía un corazón muy ardiente, pero una cabeza tan frívola como vana.

Mientras los jinetes andaban cerca de la granja del ingeniero Warren, éste, en conversación con el príncipe padre, en un campo de olivares, notificóle sus propósitos:

—Gracias, Alteza,— le dijo— por vuestros generosos ofrecimientos; pero si las acciones que poseo en América siguen subiendo, tengo decidido regresar á mi país, porque ya voy siendo viejo.

—Como queráis, Warren; lo sentiré en el alma, pues ya sabéis cuanto os aprecio.

En este mismo instante, Marcia contemplaba, en éxtasis de amor, al príncipe Miguel, á Miguelito, que, llegado hasta la granja con su séquito, pidió un vaso de agua, que le tendió ella misma, abrigando la secreta esperanza de que el príncipe, al reconocerla, experimentaría la misma gran alegría que ella, nunca lo di-

jera tanto, había sentido, con sólo verle á lo lejos. Todo su ser, agitado por un temblor desconocido que la producía una intensa sensación de felicidad, se debatía entre el deseo de parecerle hermosa y el temor de no serle agradable á su Miguelito.

Pero el príncipe, que no era el mismo Miguelito de antes, no se fijó en Marcia. ¿Se acordaba todavía de ella? Después de tantos años de ausencia, quedaba aún entre sus recuerdos los dulces momentos pasados en su juventud con la pequeña y candorosa Marcia? Seguramente, no; aquello, como otras tantas cosas, había sido un soplo de aire que otro soplo se lleva.

No obstante, Marcia seguía mirando al noble en forma tal que despertó los celos de la baronesa Olga. Para disimular su despecho, ésta hacía observar á uno de los jinetes:

—Todas las jóvenes de sus dominios idolatran al príncipe. ¡Observad con qué ojos le mira esa aldeana!

Para castigarla, por la libertad que se tomaba en mirar con tanta insistencia al príncipe, la baronesa, que acababa de recibir de manos de éste el vaso que le llevara Marcia, bebió parte de su contenido, y arrojó el resto al rostro de la enamorada, alejándose todos seguidamente de allí.

La acción villana y ruin de la linajuda hembra llenó de indignación y de amargura el corazón humilde de Marcia.

Algo distanciados de la granja aquella, la Baronesa preguntó á Miguel, su interesante pretendiente:

—Pero, ¿de veras, Miguel, no te fijaste en las

ardientes miradas que te dirigía aquella hermosura salvaje?

—Sólo me interesas tú, Olga—la murmuró él al oído.

Marcia, entretanto, entristecida por el olvido del Príncipe, consideraba que se había roto el encanto del ensueño. ¡El "*Príncipe Encantador*" no se acordaba de su "*Cenicienta*"!

De regreso á su casa, buscó en el canto un lenitivo á su mal. Sentada al armonium, impregnó el aire de la suavidad de su voz, velada por la emoción de su alma, y de la dulzura de las notas musicales.

El príncipe padre, pasando junto á la casa para regresar á su morada, oyó cantar á Marcia. La música chocó con sus sentimientos y despertaron en ellos un recuerdo que él tenía en gran estima. Descubrióse ante la mujer que parecía llorar y contagiár su llanto al dócil instrumento. Cuando Marcia hubo terminado, el príncipe padre, advirtiéndola su presencia, la dijo:

—¡Oh! Esa dulce canción para mí tiene inefables recuerdos... ¡Mi esposa la cantaba! ¿Queréis alegrar la triste soledad de un anciano viniendo esta noche á casa á cantarme otra vez esa canción?

A Marcia se le hizo un nudo en el cuello; no sabía como contestar al honor que le hacía el noble... pues el pensar en las probabilidades que tendría de ver á Miguelito la turbaba de gozo.

Aquella noche, pues, Marcia, previo consentimiento de su padre, fué conducida á casa del príncipe, en coche, por el secretario de éste,

Pedro Poroschine, que aunque de origen plebeyo había recibido una esmerada educación.

En los elegantes salones del príncipe Orbeliana se hallaban reunidos la mayoría de los nobles del lugar, para festejar el regreso del heredero.

Un terrible desengaño esperábale allí á la pobre Marcia. En efecto, mientras Pedro Poroschine fué á preguntar al príncipe padre si podía recibirla en seguida, Marcia tuvo que presenciar, por la fuerza de las cosas, á su amor en los brazos de la baronesa Olga; finalmente con loca pasión, se besaron.

La herida que esta insospechada escena hizo en el corazón de Marcia fué cruelísima, y si bien no se desplomó al suelo, como cuerpo sin ilusiones y por lo tanto sin vida, se sostenía en pie como maniquí animado.

Pedro Poroschine la arrancó de allí al ir á notificarle que el príncipe la esperaba.

Marcia, lacerada su pobre alma, hizo llorar aun más el armonium del príncipe, y su voz exhalada en el ámbito de la señorial y austeramente silenciosa estancia, un perfume como de rosas puestas en búcaros en la habitación, de una sola ventana abierta á todos los vientos, de una enferma sentimental, en el tercer período de la tisis.

Abismado en recuerdos melancólicos escuchaba el buen príncipe Demetrio la melodiosa canción.

Bruscamente, en el preciso instante en que Marcia había terminado la canción, entró en la habitación el príncipe Miguel, quien, con inusitadas muestras de bienestar, comunicó á

su padre, sin darse cuenta de la presencia de Marcia:

—¡Padre miol... ¡Olga me ama!... ¡Me lo acaba de decir!... ¡Me considero el hombre más feliz de la tierra!

Tras breves palabras de complacencia á su su hijo, el príncipe, dirigiéndose á Marcia, la manifestó:

—¡Gracias, hija mial Me habéis proporcionado un rato delicioso.

De nuevo Marcia comprendió que Miguelito no sabia siquiera quien era ella, pues no la miró más que una vez, y ésta por la natural curiosidad cuando su padre, discretamente, le hizo observar que se hallaba en la estancia.

En el mismo lugar donde esperara antes el orden de ser introducida á presencia del príncipe padre, Marcia vió á Olga en conversación misteriosa con el Conde Alejo Voronssof, aristócrata arruinado, con más trampas que blasones. El misterio se desveló á sus ojos, por los gestos evidentes de un mutuo amor.

Al observar la traidora conducta de Olga, Marcia comprendió que su príncipe sería desgraciado; mas, ¡qué hacer, pobre aldeana, para impedir la tragedia!

Y confirmóse rotundamente la duda de Marcia, al llegar hasta sus oídos esta exclamación de Olga:

—Sé razonable, Alejo: tú eres pobre y yo necesito hacer un buen casamiento.

Pedro Poroschine, encargado de reconducir á Marcia hasta su casa, la arrancó á esta repugnante escena, al ponerse á sus órdenes para seguirla cuando se dispusiera á regresar.

En la granja, el ingeniero Warren recibía este cablegrama:

*“Agotado filón mina Alaska. Sus acciones depreciadas han dejado de cotizarse. Todo perdido”.*

El anciano ingeniero no pudo resistir tan rudo golpe que venía á truncar, en un instante, todas sus ilusiones y proyectos. Un ataque en el corazón, del que padecía desde tiempo, se le llevó la vida.

Pedro Poroschine, astuto, perspicaz y ambicioso, amaba á Marcia, viendo sólo en ella á la mujer que podía ayudarle á escalar más altos puestos. Al llegar á la granja, en la misma puerta de la casa, intentó insinuarse en Marcia, rozándole las manos, mas ella, prestamente, esquivó tales propósitos y entró en su casa.

Un espectáculo horrible presentóse á los ojos de la joven.

¡Su padre yacía, inánime, sobre el frio suelo!

\*  
\*\*

Unos días después.

Marcia fué llamada por el príncipe padre, pues entre los papeles íntimos del difunto ingeniero habíase encontrado un sobre, con una inscripción que decía:

*“Para entregar al príncipe Demetrio después de mi muerte”.*

El noble, leyóle el escrito contenido en el sobre. Decía así:

*“Señor: Las últimas noticias que recibí de América eran en extremo pesimistas. La ruina me amenaza. Por otra parte, la enfermedad car-*

*diaca que mina mi existencia progresa de manera aterradora. Cuando ocurra la catástrofe, ¿velaréis por mi hija, vos que sois mi único amigo? Si así lo hacéis, os lo agradecerá desde la Eternidad y rogará por V. A. vuestro humilde servidor“.*

*Roberto Warren.*

A continuación de esa lectura, el príncipe tranquilizó á Marcia con estas palabras.

—Cumpliré el último ruego de vuestro excelente padre, enviándoos á San Petersburgo para que cultivéis en el Conservatorio Imperial vuestra admirable voz.

\*  
\*\*

Han transcurrido seis años, y todos los personajes de esta verídica historia hállanse en San Petersburgo.

El príncipe Miguel, que ha contraído matrimonio con la baronesa Olga, no ha visto realizados sus ensueños de amor y de ventura. Cierta noche, era de temer, la inevitable escena tuvo lugar.

El esperaba á su esposa para llevarla al teatro. Ella, citada con su amante, el conde Voronssof, se le excusó, manifestándole:

—Miguel, siento decirte que esta noche no podré acompañarte, porque he contraído compromiso con el conde Voronssof de asistir á un concierto de carácter benéfico.

—Pero Olga, ¿olvidaste, pues, lo que convinimos esta mañana?

—Miguel... hablemos claro... Yo he dejado de amarte... Creo lo mejor que ambos recupe-

remos nuestra libertad...

Fué como una bofetada; la sangre del príncipe se le subió toda al rostro; se le había herido en lo más hondo de su ser. La ofensa merecía... no, no valía la pena preocuparse... era una mujer sin corazón, sin juicio, una pobre histérica. Sereno, la respondió:



*El príncipe Miguel...*

—Está bien; pero no olvides que llevas mi ilustre nombre, y no debes mancillar!o!

Quedaba entendido que vivirían juntos como hasta entonces, para evitar el escándalo, pero separados de cuerpo.

Mientras abatido en un sillón y en la fiel compañía de su perro, el príncipe meditaba su

desdicha, allá en el escenario de la Gran Opera Imperial, el Comité efectuaba aquel día su selección anual de voces. Una á una desfilaron sobre el tablado las aspirantes á "estrella". Por fin llególe el turno á Marcia Warren. Sus sueños iban pronto á convertirse en una realidad. Apenas había empezado á cantar, los miembros del Jurado, que dedicaban preferentemente su atención á la charla común, se volvieron paulatinamente hacia la escena para, regalándose los oídos, contemplar la belleza de la cantatriz.

Erina Rodine, compañera de estudios é íntima amiga de Marcia, comprobaba con inmensa alegría, su indiscutible triunfo.

En efecto, al terminar su canto, el Presidente del Jurado la felicitó efusivamente:

—¡Soberbia voz, señorita! El "Comité" os otorga el primer premio.

Las felicitaciones llovieron sobre Marcia, que lloraba de alegría con Erina lágrimas cual gotas benditas del cielo.

El príncipe padre había fallecido. Al tomar posesión de su patrimonio el príncipe Miguel, su secretario, intencionadamente, le leyó esta cláusula de un testamento manuscrito:

*"Mando que á la señorita Marcia Warren se le siga abonando la pensión mensual de 200 rriblos hasta que terminados sus estudios artísticos gane lo suficiente para vivir sin esta ayuda".*

El príncipe Miguel estaba dispuesto á respetar las órdenes de su padre. Pedro Poroschine fué encargado por él de llevar la noticia á Marcia.

El secretario, bendiciendo esta circunstancia

que le permitiría ver á la mujer que andaba buscando desde algún tiempo á entonces, llevó á efecto su misión. Al llegar á la casa de Marcia fingió no conocer á Erina que estaba con ella. Erina descubrió por vez primera que el corazón de Pedro no le pertenecía por completo. Pretextando la necesidad de ir á tal ó cual sitio, salió de allí con apresuramiento, á pesar de los ruegos de Marcia de que se quedara con ella.

Pedro enteró á Marcia de la voluntad del príncipe Miguel de seguir pasándole idéntica pensión que su difunto padre.

La idea de aceptar favores del hombre á quien amaba sublevó al principio á Marcia; pero luego halló manera de cohonestar el deber con la necesidad. Así, pues, contestó al secretario:

—Gracias, pero Su Alteza debe tener entendido que solamente acepto esa pensión á título de préstamo, para reembolsársela el día, ya cercano, en que lo gane yo.

Decidido á sacar partido de la situación de Marcia, Pedro la dijo:

—¡Marcial... ¿Por qué aceptar esa limosna, cuando mi único anhelo es entregáros mi amor y mi protección?

El corazón de Marcia no pertenecía á ella misma. Un amor, puro, hondo, sin par, se lo había llevado para siempre.

En tales condiciones sentimentales, además de la aversión que le producía Pedro, ella se opuso á que continuara hablándola de amores.

—¡Basta, Pedrol... Ya os he dicho que no os amo, ni podré amaros jamás.

El secretario, desairado, vió, por casualidad el retrato de su Señor, el príncipe Miguel, en la habitación de Marcia, cuidadosamente colocado en un sitio de honor, y se le figuró porque la futura cantatriz le despreciaba.

—¡Bah!—exclamó—Vos me rechazáis porque amáis al príncipe... pero que os conste que Su Alteza jamás se acuerda de vos!

—Eso no debe importaros nada, Pedro... ¡Y os ruego que salgáis de aquí inmediatamente!

—Bien, Marcia; no olvidéis lo que voy á decir: aproximase el día en que el pueblo sea señor de Rusia, y yo más poderoso que el príncipe Miguel... y entonces...

Pensando en el entonces imaginario, sintiéndose ya poderoso, Pedro intentó abrazar á Marcia á la fuerza, que reunía todos sus esfuerzos para impedirselo.

Afortunadamente, Mamie Counors, vieja artista americana, en sus buenos tiempos una estrella de quinta ó sexta categoría, pero que actualmente no había quien la contratase ni para característica, penetró en la habitación de Marcia, obligando con su presencia á Pedro á que se marchase.

—¿Quién es ese libertino, hija mía?

—¡Es un malvado, Mamiel!

—¡Ay! ¡Esos hombres, qué malos son!

\*  
\*\*

En un centro de reunión secreto donde los rusos fanáticos y los espías extranjeros se congregaban de noche para conspirar contra el régimen imperante, Pedro Poroschine, de

ideas revolucionarias, encontró á Erina, al parecer su novia, y tuvo con ella esta conversación:

—No seas celosa, Erina. Fuí á ver á Marcia Warren para asuntos del príncipe Miguel; pero no tengo absolutamente nada que ver con ella.

—No sé si debo creerte, Pedro; sin embargo, te prevengo que si tú amaras á Marcia...

—Calla, mujer; ¿cómo puedes suponer tal cosa?

—Ya sabes cuanto te quiero, Pedro y lo feo que sería contra tí mismo si me arrebatases un día ese amor.

—¡Por Dios, Erina! No te pongas tontina. Mirame, ¿no lees en mis ojos la sinceridad de mis sentimientos por tí?... ¡Por fin, hija! ¡qué difícil es convencerte!

La función inaugural de la Gran Opera Imperial, con asistencia del Emperador y de su augusta familia, era, para Marcia, primer premio del conservatorio, el eslabón inicial de la cima de la gloria en el Arte.

Otros dos personajes presenciaban el «debut» de Marcia Warren, con bien distintos fines: eran Erina, para espiar los gestos de Pablo, y éste, para contemplar á Marcia.

En el Coliseo no había un alma más.

Uno de los palcos procenios lo ocupaban el príncipe Miguel con su esposa y... el conde, y algunos parientes.

El aspecto de la sala era imponentísimo... sobre todo para una principianta.

Vencida la natural emoción del primer momento, Marcia hizo alarde de sus extraordinarias dotes artísticas.



*¡Soberbia voz, señorita! El Comité os otorga el primer premio.*

El numeroso y en su mayoría distinguido auditorio, no recordaba haber oído de muchos años á entonces voz tan divina.

El príncipe Miguel se fijó en la belleza y su gestión de Marcia. Ella le dirigía sus discretas miradas desde su aparición en escena.

Se oyeron varias exclamaciones entre las cuales predominaba ésta: ¡Canta como un ruiseñor!

Otra exclamación, de despecho quizá, por la hermosura de aquella mujer, fué pronunciada por la baronesa Olga, la esposa, frente á la Sociedad, del príncipe Miguel:

—¡Cómo me recuerda esta mujer á aquella pobre aldeana de mirada ardiente!

A pesar de todo, el príncipe Miguel no reconoció á su amiguita de la infancia en aquella eminente cantatriz, la protegida de su padre y suya por la voluntad de éste.

El final de la representación de la ópera fué saludado con una ovación entusiasta. El Emperador, de pie, batió palmas en honor de Marcia. El teatro de pleno imitó el gesto del monarca y los viejos "*dilettante*" no recordaban haber leído en los anales de la vida del Arte tan grande manifestación de entusiasmo.

Marcia, requerida una infinidad de veces á presentarse en el palco proscenio, cruzó, esta vez fijamente, sus tiernas miradas con las de Miguel, que no creía á la dicha de haber sido tan repentinamente agradable á la debutante.

La sonrisa reapareció en los labios del príncipe, insensible á todo desde el desengaño sufrido...

Y cuando terminó el espectáculo, Miguel hi-

zo entregar su tarjeta á Marcia, solicitándola le recibiera.

Ella, Marcia, que no había anhelado mayor satisfacción que ésta, ordenó que fuera introducido inmediatamente en su camerino. Al verle, muy feliz al suponer la sorpresa que iba á darle, le dijo:

—¡Hola, Miguelito!

Mientras «Miguelito» volvía lentamente de su asombro, Pedro, más apasionado que nunca por Marcia, iba á entrar á verla. La "*doncella*", la pobre característica sin contrata, se interpuso, explicándole el motivo.

Renegando de su poca fortuna, salió Pedro del teatro. Erina, apostada en un lugar oculto, le aguardaba para comprobar si salía solo ó acompañando á Marcia. Decididamente, Pedro no la amaba, su corazón pertenecía á la otra, y esa era ó, mejor dicho, había sido su amiga. ¡Ahora la odiaba con un odio de muerte!

Los cortos instantes que pasaron en dulces recuerdos de su niñez, llenaron el corazón falto de cariño de Miguel, de un sentimiento que le señalaba la felicidad.

No escuchando más que la voz de su interior, Miguel manifestó á Marcia:

—Deseo veros de nuevo... Si me lo permitís, iré personalmente á visitaros.

—Mi humilde casa es vuestra casa—respondió ella.—Para Marcita será un gran placer recibir á... Miguelito.

Después del príncipe, una multitud de admiradores se precipitó á cubrir de alabanzas á la eximia artista que los recibió con la doble alegría del triunfo y del encuentro con su único

amor.

Al día siguiente, al cabo de tantos años de espera, el "Príncipe Encantador" fué, por fin, á visitar á la humilde "Cenicienta".

Salieron de paseo mientras en el centro de reunión de los revolucionarios se comentaba la situación. ¡Todo estaba cuidadosamente pre-



Después del príncipe, una multitud de admiradores...

parado! ¡El triunfo era seguro!... ¡Indiscutible!...

Entregados á sus pensamientos, Marcia y Miguel, sentados bajo las frondas de un jardín público, dejaban deslizarse melancólicas las horas de la tarde calurosa.

La realización del acariciado sueño llegó

demasiado tarde... Y, no obstante, Marcia se moría de amor por Miguelito cuyo diminutivo, inconscientemente, escribía en la tierra con la contera de su sombrilla. El deletreó su nombre y cada letra le confirmaba mayormente cuánto ella le quería y lo mucho que él se sentía capaz de quererla.

Inundado de dicha jamás sentida, Miguel, sinceramente enamorado, la confesó:

—¡Oh, cuán ciego anduve, Marcia! ¡Ahora es cuando comprendo que nunca amé en el mundo á nadie más que á vos!

—¿Por qué habrá querido Dios que yo os ame tanto, Miguel, si nuestro amor es un imposible?

—No hay nada imposible, Marcia. Seré libre si aceptáis...

—Pero aún cuando os divorciáseis, no podrías casaros conmigo.... ¡Un príncipe no puede contraer matrimonio con una cantante de ópera sin renunciar á su título!

—¡Qué me importaría el mundo si os tuviera á vos!

—¡Yo debo todo lo que soy á la generosa ayuda de vuestro augusto padre!

—Todo eso no significa nada para mí. ¡Os amo, Marcia, os amo!... ¡sed mi esposa!

—¡No!... Yo os amo demasiado para permitir que os sacrificuéis, renunciando, por mí, á vuestra jerarquía.

—¡Pero, Marcia!

—¡Vos pertenecéis á otro mundo que no os perdonaría vuestro abandono!

Pedro Poroschine, que había espiado á Marcia y al príncipe, con cólera contra éste, tuvo

la satisfacción de ver que no regresaban juntos...

¡Ah, si las cosas tomaran otro rumbo!...

El 29 de Julio de 1914 estalló la Gran Guerra, y millones de rusos se aprestaron á derramar su sangre por su Czar.

Obedeciendo á los impulsos de su patriotismo y para dar, desde arriba, el ejemplo al pueblo, el príncipe se dispuso á partir para la línea de combate al frente de sus tropas. Antes, sometiéndose á las órdenes de su corazón, Miguel fué á despedirse de Marcia como si ella tuviera algún derecho sobre su persona. Moralmente si los tenía, pues su alma le pertenecía entera y pura.

La escena que tuvo lugar con motivo del adiós del militar, era la más sublime demostración de su cariño inmenso contenido por la valla de la diferencia de castas y de la punzonosa conducta de los dos enamorados.

Si bien es indiscutible que el espíritu razona en las más complejas situaciones de la vida y que el fallo que á veces emite es, á pesar de herir un sentimiento, respetado, el corazón se desentiende de razonamientos cuando considera inminente la pérdida de lo que lo hace latir.

Eso sucedió á Marcia y á Miguel. Ella, muriéndose de pena, sollozaba ocultando su rostro contra el pecho del príncipe. Este, turbado en su imperturbable serenidad, no podía moverse. Cuando lo logró, iba á huir del lado de Marcia, para terminar tan dolorosa despedida, pero esta vez fueron dos brazos que lo sujetaron, á cuyo contacto, rápidamente, apa-

reció Cupido, juntando por la fuerza natural de las cosas de esta vida, en un beso de casto amor, la existencia de ambos.

¡Oh, el primer, el único beso que rozan unos labios de mujer buena!

Después de tal confirmación de su amor, que lo vencía absolutamente todo, Miguel salió de la estancia de Marcia.

Ella, agotadas sus energías por la emoción, quiso en vano detener á su amado, abrazarlo una y mil veces más, ir con él, correr su misma suerte, dar su vida por él; á los pocos pasos que pudo dar cayó al suelo desmayada.

Durante varios días desfilaron continuamente tropas por la ciudad. El rítmico pisar de los soldados sonaba en los oídos de Marcia como una marcha fúnebre.

Algunos elementos revolucionarios se acercaron traidoramente á los militares para sembrar entre ellos el germen del descontento y la insubordinación.

En Julio de 1917 encontré Rusia con un ejército desmoralizado, y un paisanaje famélico, minado por el falso grito bolchevista de ¡Tierra y Libertad! Los delegados socialistas arengaban á las masas con quiméricas promesas.

—¡A cambio del Poder decían los «soviets» de obreros, campesinos y soldados os darán á manos llenas paz, libertad, pan y tierras!

Quienquiera que fuese sensato y que, como Marcia, contemplase las aclamaciones de los que escuchaban á los propagandistas bolchevistas, hubiera pensado lo mismo que ella:

—¡Pobre pueblo, eterno niño! ¡Qué fácil es

engañarle halagando sus pasiones!

Y como las promesas de abundancia no se viesan confirmadas, en Noviembre de 1917 implantóse en San Petersburgo el reinado del Terror.

Inútil fué que algunos elementos menos depravados tratasen de contener la avasalladora ola de sanguinaria locura...

E, imitando á Robespierre, los «soviets» contestaron á los descontentos y desilusionados con la creación de la Guardia Roja. A quienes se negaban á aceptar las doctrinas revolucionarias los Guardias Rojos contestaron á tiros á quemarropa.

En tan alarmante estado de cosas, y mientras los hombres caían á millares en el frente, Marcia cuidaba con maternal cariño á los infelices huerfanitos. En esa noble misión, ella encontraba un alivio á su tristeza por la ausencia del hombre querido, desde la cual no había vuelto á cantar... Se negó á hacerlo, pretextando que no le era posible abandonar á las pobres criaturitas para ir á divertir al pueblo, cuando un enviado del «soviet» de obreros, soldados y marinos, fué á pedirselo.

Tal negativa, por fortuna, además de ser justificada sobradamente, no le valió un castigo á la actriz.

Entretanto, el conde Voronssof vivía tranquilo en sus lejanos dominios con Olga, la esposa del príncipe Miguel, irrespetuosa con su memoria, mientras él luchaba y sufría en el frente.

Peró no tardó mucho en repercutir allí también el movimiento revolucionario. Los campe-

sinos del lugar, armados hasta los dientes, penetraron en el castillo. El conde les salió al encuentro; Olga iba con él. Al gesto de que se fueran los intrusos de su casa, uno de los bolcheviques dijo al que en el régimen abolido era noble:

—¡Ahora, todo es del pueblo! Esta casa nos pertenece y venimos á posesionarnos de ella.

El conde quiso oponerse á la fuerza, pero antes de que pudiera disparar su revólver contra el grupo compacto de revolucionarios, éstos le acribillaron á balazos y asimismo á la adúltera Olga, rematándolos á martillazos. Sus cuerpos rodaron al suelo desde lo alto de una escalera. Un reguero de sangre brotó por sus heridas.

\*  
\*\*

En el frente de Galitzia, que aún se sostenía, agobiado bajo el dolor de ver á su patria arruinada, el príncipe Miguel no tenía más consuelo que el amor de Marcia. Cien mil, un millón de veces releía sus cartas. La última decía:

*„he decidido instalarme nuevamente con Mamie, en mi antiguo piso, á fin de alejar de mi persona toda sospecha de dama aristocrática. Erina, mi amiga, se ha convertido en una entusiasta bolchevique. Pienso en vos constantemente. La idea de que os pueda ocurrir algún mal no me permite conciliar el sueño.“*

San.Petersburgo ardía en pleno bolchevismo. Entre los más exaltados distinguíase por su apasionamiento Erina Rodine.

En la primavera de 1918 los crímenes inau-

ditos del Terror Rojo habían llegado á su culminación.

Pedro Poroschine, requerido por el director de las oficinas ejecutivas del sanguinario tribunal, recibió, en recompensa á su brillante actuación, de la que estaban muy satisfechos los «soviets», la orden de pasar á las regiones



... rematándolos á martillazos...

del Sur á levantar el pueblo contra los aristócratas.

Pedro aceptó la misión que se le confiaba, pero con una condición: incluir en su pasaporte á una mujer cuyo nombre diría oportunamente...

Y mientras Marcia se consumía de ansiedad

por ignorar la suerte de su amado, éste el ex-príncipe Miguel, cuya cabeza había sido pregonada, medio muerto de hambre y de cansancio, recorría las estepas que le separaban de la capital, disfrazado de guardia rojo.

Conjurados todos los peligros con una sangre fría que estimulaba el deseo ardiente de volver á ver á Marcia, á su Marcita de antaño, Miguel llegó á su casa. Pasado el primer momento de sorpresa, los dos enamorados se estrecharon febrilmente como si se agarraran mutuamente á la pavesa flotante que debía salvarlos de naufragar en el caos humano. Era cierto que el nuevo régimen lo había despojado de sus títulos; no lo era menos el que el amor de Marcia le había hecho renunciar antes á ellos. Miguel dijo á Marcia:

—Ahora, querida Marcia, no existe entre los dos ningún obstáculo. Mi mujer y el conde Alejo perecieron á manos de los revolucionarios. Huiremos de Rusia...

—Pero tú corres un peligro mucho mayor que yo. Si se enteran de que el príncipe Miguel Orbeliana se hallaba en mi domicilio...

—La plaza está desierta... Ve á reunirme allí conmigo dentro de veinte minutos... Yo habré buscado un auto...

La traición, bajo la forma de Erina, que iba á hacer una visita á su amiga Marcia, á la que no había visto desde antes de estallar la revolución, intentó hacer fallar los proyectos de aquellos. La bolchevique, que había sorprendido la conversación del interior desde la puerta de la escalera, telefoneó á Pedro lo que acababa de oír, para, facilitándole el importante

servicio de la detención de un príncipe, atraérselo de nuevo.

Después de haber avisado á Pedro, Erina volvió al piso de Marcia, al que llegó en el preciso instante en que ella y Mamie se disponían á huir para reunirse con el príncipe, salido de la casa mientras Erina telefoneaba á Pedro.

Ante el temor de que Erina, á la que sabía tan fanática por el cambio de Poder, descubriese su secreto y la perjudicara, colocando el deber en lugar preferente á la amistad, no tuvo más remedio que recibirla y fingir, ordenando discretamente á Mamie que fuese al encuentro de Miguel y le dijera que ella iría tan pronto como pudiera desembarazarse de Erina.

Una vez solas en el piso las dos amigas, Erina cerró violentamente la puerta con llave y dijo á Marcia:

—¡Dentro de algunos instantes vendrá Pedro Poroschine á detener á tu príncipe!

—¡Cómo! ¡Oh, entonces déjame libre el paso, que voy á prevenirle!

—¡No! ¡Ha llegado la hora de la venganza! ¡Tú me arrebataste el amor de Pedro; pues bien, te voy á desfigurar el rostro en tales términos, que, cuando logres escapar de mis uñas, no te querrán ni Pedro ni tu príncipe!

En la lucha que sostuvieron las dos mujeres, inconscientemente rivales Erina tuvo la de perder, pues desmayóse.

Pedro y sus hombres llegaron á la casa de Marcia, derribaron la puerta y hallaron á Erina desfallecida.

Marcia había subido al tejado, fácilmente escalable desde su habitación. El príncipe, avi-

sado por Mamie de la presencia de Erina en casa de Marcia, y temiendo una traición, pues conocía sus ideas bolchevistas, voló en su socorro.

Marcia saltó desde la azotea hasta el rellano de la escalera y se halló frente al príncipe que iba á entrar en el piso. No les fué posible huir; de uno y otro lado se vieron acorralados, por haber reconocido Pedro al príncipe á pesar de vestir el uniforme de guardia rojo.

Marcia tuvo una idea salvadora y dijo á Pedro aparte:

—¡Ah, Pedro! ¿sois vos? ¡Qué suerte! ¡Ahora ya estoy salvada!

—¿Qué quieres decir?

—Bien sabéis, Pedro, cuánto hicieron por mí el príncipe Demetrio y su heredero. Es una deuda sagrada que contraje con ellos y quiero pagar, salvándole.

—Tu nombre figura en las listas de las mujeres «nacionalizadas» ¡Desde este instante eres mía! Voy á partir para una gran misión. Tu nombre está incluido ya en mi pasaporte. ¿Quieres seguirme voluntariamente?

—Si, Pedro; os seguiré voluntariamente... pero... con una condición: permitid que se fugue el príncipe Miguel, y os perteneceré en cuerpo y alma.

—..... Pero considera que si tal hago, los «soviets» me fusilarán por traidor.

—Pues hacedlo de manera que á nadie inspire sospechas. Además, ¿no decís que me amáis tanto?... ¿No haréis por mí un sacrificio?... Yo también os amé siempre, aunque por conveniencias y egoísmos, nunca os lo confesé.

Pedro, convencido, dejándose prender en la red de Marcia, dió ordenes á sus subordinados, apoyándoles con un puñado de billetes:

—Podéis retiraros. Dejadme á mi á este aristócrata, porque tengo con él antiguos resentimientos personales que deseo vengar con mi propia mano.



... La muerte justiciera del mal libró á dos seres...

Quedaron los tres solos en la habitación. Bajo la dulce caricia de su aterciopelada mano de felino, la mujer oculta á veces insospechada traición.

Pedro apuntaba su revólver sobre el príncipe mientras seguía conversando con Marcia.

Esta, cambiando una mirada de inteligencia con Miguel, obligó á Pedro á soltar el arma dándole un fuerte golpe en el brazo y el príncipe se arrojó sobre él con fiereza. La lucha fué brutal, necesariamente de muerte.

Cegado por la cólera, el príncipe Miguel levantó en alto el cuerpo vencido de Pedro y lo arrojó en medio del arroyo desde una ventana.

La muerte justiciera del mal, libró á dos seres buenos de sufrimientos atroces lejos el uno del otro.

Marcia, Mamie y el príncipe huyeron. Y, al cabo de algunos días de horribles penalidades, avistaron con júbilo infinito las soberbias unidades de las escuadras aliadas que mecían las olas en la rada de Arcángel.

Las avanzadas de los ejércitos de la civilización acojieron con cariño fraternal á los desventurados fugitivos.

El premio que Marcia y Miguel recibieron por lo mucho que sufrieron, fué la promesa de un amor imperecedero.

¡Nada podía ya oponerse á su dicha!  
¡Príncipe ó campesino, solo importaba AMOR!  
¡Este no conoce más que una ley: AMAR!

FIN

*(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)*

Gráficos E. VERDAGUER MORERA

Topete, 2 al 16 — Tel. 6007 — Tarrasa

## NÚMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	Postal-fotografía
1	No hay juegos con el amor	Douglas Fairbanks (II edic.)
2	El Valle Florido	Mary Pickford
3	Amor de madre	Charles Chaplin
4	La Virgen de las Rosas	Pearl White (Perla Blanca)
5	La culpa ajena	Antonio Moreno
6	De hombre a hombre	Priscilla Dean
7	Una mujer	Eddie Polo
8	Pesadillas y supersticiones	Mary-Douglas (extraordin.)
9	Desinterés	Francesca Bertini
10	El Hábito	Harold Lloyd
11	Jimmy Sansom, El Aventurero	Constance Talmadge
12	La primera novia	Frank Mayo
13	El Pequeño Lord Fauntleroy (1)	Marie Prevost
14	El Pequeño Lord Fauntleroy (2)	Ben Turpin
15	La Tormenta	Pina Menichelli
16	Flor de Amor	Livio Pavanelli
17	La Pantera Negra	Norma Talmadge
18	Bajo dos banderas	Tom Mix
19	Corazón de lobo	Gladys Walton
20	Sueños juveniles	Aimé Simon Girard
21	El Mundo y la Mujer	June Caprice